

Algunos experimentos realizados por el grupo de Saul Kassin, del Williams College, ponen de manifiesto que acaso las confesiones falsas no sean tan anómalas como parecen en un principio. A un conjunto de estudiantes sentados ante un ordenador, se les dijo que teclearan una serie de letras pronunciadas: un grupo lo hacía a un ritmo rápido, el otro más despacio. Se les dijo a todos que no pulsaran la tecla ALT, porque en ese caso, el programa dejaría de funcionar. En realidad, nadie apretó la tecla ALT, pero el experimentador les acusó falsamente de haberlo hecho. Tras negar la acusación, la mitad de los integrantes de cada grupo oyeron a una “testigo” cómplice del experimentador, decir que ella les había visto cometer el error; en la otra mitad, no hubo testigos. Al final, casi el 70% de los estudiantes, firmaron una confesión falsa de que habían pulsado la tecla ALT. El efecto fue especialmente sorprendente en el grupo que respondía deprisa y también oyó a la “testigo” respaldar al experimentador: todos firmaron la confesión, y el 35% explicaron un detallado *recuerdo* falso de cómo cometieron el error.

Los resultados de Kassin son inquietantes, pues sugieren que, en las condiciones adecuadas, muchos de nosotros podemos vernos inducidos a confesar una acción jamás realizada.

Daniel L. Schacter, *Los siete pecados de la memoria*, p. 149.